

## Una jornada sin sol

Estábamos sentados junto a la mesa del comedor. Ella revolvía su té mientras yo soplaba pacientemente el vapor que se elevaba desde mi taza. Frente a nosotros dos gruesas columnas de cortinado caían pesadas a ambos lados del ventanal. Aún era muy temprano y la luz asomaba lenta e indecisa. Permanecíamos en silencio. Nunca habíamos demasiado por las mañanas. Solo mirábamos a través del cristal. El paisaje verde y frío del patio interior de la propiedad era como un cuadro que nos absorbía poco a poco y nos metía en él. Había una bruma que nublaba las figuras, los contornos y volvía la atmósfera ciertamente blancuzca. Era más que niebla y menos que garúa. Era humedad, humedad densa, verdaderamente densa e insoportable.

Sorprendente resultaba, en tanto, que estuviésemos en invierno y que por alguna razón todo continuase tan verde allá afuera.

–Tengo los pies helados –susurró Marta.

No respondí nada. Era evidente que lo decía para sí misma. Durante varios días había balbuceado esa misma queja, incontables veces, y supuse que ya era algo que le salía espontáneamente, le brotaba desde la garganta como una maldición y sin ningún ánimo de dialogar. Simplemente lo decía. “Tengo los pies helados” soltaba en cualquier momento y en cualquier contexto.

Achinaba los ojos para volver a sorber su té. Mi mirada seguía fija en el paisaje exterior pero la podía imaginar; nos conocíamos perfectamente bien. De la boca le salía un vaho denso y blanco que se suspendía en el aire frío y se veía similar a una bocanada de tabaco flotando a un costado de mi cara.

–Hoy hace más frío que ayer –dije, y los vapores que salieron de mi boca se juntaron con los de ella. Sonreí y hasta largué una pequeña risa.

–No me da gracia –dijo tajante.

Supongo que lo más honesto sería cambiar ese ostentoso “perfec-

tamente bien” por un discreto “bastante bien”. O hasta mejor sería decir que nos conocíamos lo suficiente y punto. Tantos años conviviendo solos, ella y yo y nadie más, remitiendo cada vez más al silencio y a la intromisión, viviendo tan dentro como fuera, pero por momentos más dentro que fuera, seguramente nos había aislado, vuelto solitarios en mutua compañía. Las manifestaciones de cariño más frecuentes se las llevaba el gato. Él se frotaba contra nuestros tobillos y seguro recibía alguna caricia entre las orejas. Nosotros, los humanos que habitábamos esta casa, ya no nos frotábamos ni por accidente.

–Qué terrible ésta humedad, ya no se puede vivir así –dijo Marta, y reacomodó la frazada sobre su espalda y los hombros.

Hacia varios meses ya que no veíamos el sol.

–Los calefactores están al máximo, día y noche, pero no son suficientes –le respondí, aunque en realidad lo que había hecho era desahogarme en voz alta. Ya estábamos cansados y comenzaba a costarnos trabajo reprimir los comentarios negativos.

Marta comenzó a rasparse la mano derecha con las uñas de la otra mano. Luego las alzó en dirección a su rostro mientras a su vez agachaba un poco la cabeza. Hacía presión en sus globos oculares contrayendo los párpados, y torneaba ligeramente la cabeza hacia la derecha. Su ojo izquierdo había perdido menos la vista.

–¿Estás bien? –le pregunté.

–Tengo una mancha blanca.

–¿Una mancha?

–Sí, sobre toda la extensión del dedo pulgar y también sobre los nudillos.

–A ver...

Me acerqué para ver la mancha de la que hablaba.

–No la veo –dije.

–Traeme los lentes –me ordenó.

Fui hasta nuestro dormitorio. Los hallé rápidamente sobre la mesa de luz que estaba de su lado. Los tomé con cuidado para no tocar los cristales y regresé al comedor.

–Esta humedad de mierda –murmuraba Marta.

Me sorprendí un poco, ella jamás insultaba.

–Acá están tus lentes –le dije, y se los entregué tomándolos con cuidado por el marco metálico.

Las horas del día avanzaban en horario pero la luminosidad no progresaba. Llegaba a ese momento gris, triste y frío, sin sol, solo luz pálida y dramática, y de ahí no pasaba. La humedad nos embestía desde ya hacía varios meses. La ropa siempre húmeda y fría, las sábanas imposibles de calentar, las paredes, los muebles, los libros, todo. Todo estaba húmedo.

–¡Oh, es terrible! –se lamentó.

–Qué, ¿qué cosa es tan terrible?

–Las manchas.

–¿Adónde?

–En todos lados

–¿En todos lados?

–Sí, mirá –estiró la mano temblorosa y la puso cerca de mi rostro.

–No sé... puede ser...

–Mirá bien, la mancha blanca.

–Puede ser, no sé... que esté un poco más blanco... tal vez acá... -vacilé, y le rocé suavemente los nudillos con la yema de mi dedo índice.

–¡No, no lo toques! –gritó alterada y se llevó la mano al pecho. Enseguida la cubrió con la frazada que le colgaba desde los hombros.

–Puede ser que tengas... -le dije con amabilidad. No quería que pensase que la tomaba por loca, pero en verdad no había visto ninguna mancha blanca en su mano.

Marta se puso de pie, recogió de la mesa las dos tazas vacías y caminó apurando el paso hasta la cocina. Abrió el grifo del agua caliente y apenas las enjuagó un poco. Las puso boca abajo en un costado del lavatorio, sobre la mesada. No había usado ni detergente ni esponja.

Entre la cocina y el comedor había una enorme abertura en la pared por donde podíamos vernos claramente. La observé unos segundos y me sentí desconcertado. Algo no andaba bien.

–¿Estás bien? –le pregunté.

–Tengo los pies helados -susurró.

–Marta –la nombré suavemente, como queriendo despertarla-  
Marta...

–Es la humedad –dijo ofuscada, estaba muy fastidiosa- esta humedad terrible.

–Dicen que todo el invierno va a ser así, hay que aguantar. No nos queda otra.

–Aguantar... –repitió con voz desanimada.

–Un par de semanas más y se acabó. Ya estamos llegando a finales de agosto.

–Un par de semanas...

–Sí, está por terminar el invierno. Va a volver a salir el sol, ya vas a ver. Esto no es normal y tampoco puede durar para siempre. Jamás, pero jamás...

–¿Jamás qué?

–En los setenta y cuatro años que tengo, jamás pasó tanto tiempo sin salir el sol. Si al menos hubiese un poco de viento... invierno de mierda.

Se produjo un silencio que era de repente un zumbido hiriente. Reconozco que me excedí. No suelo usar ese tipo palabras. Pero, no sé, me salió así, sin pensarlo. Marta me clavó la mirada y suspiró largamente. El corazón comenzó a darme unas descargas de latidos fuertes, como si estuviese reprimiéndome también, con severidad. Me sentí incómodo y se me retorció el estómago con un malestar parecido al de la culpa.

–Perdón, Marta, no sé, no quise insultar, perdón, es que también estoy cansado de esta humedad.

–Cansados, sí, estamos cansados, Salvador.

¿Salvador? Nunca me llamaba por mi nombre de pila. Tragué saliva y unas gotas de sudor me perlaron la frente. Sentí acalorados los párpados y los pómulos. Guardé el labio superior debajo del inferior. Era una mueca que hacía solo cuando la ansiedad me excedía. Noté además que me había agitado.

–No son solo las manchas -se detuvo, cerró los ojos e inhaló ape-

sadumbrada- es también ese maldito olor.

–¿El olor? –la observé detenidamente.

Enseguida largó todo el aire. Se desinfló asimétricamente, desarticulándose como una soga y mantuvo los ojos cerrados.

–Sí, el olor –agregó. La mandíbula le temblaba ligeramente y la boca se le arqueaba en las comisuras, hacia abajo.

Ya sabía yo lo que vendría, aquel gesto era la antesala del llanto.

–Voy a buscar un poco de desodorante, ¿o preferís que encienda un sahumero?

Abrió nuevamente los ojos y me miró fijo.

Su mirada era de repente muy oscura. Tenía la cara impregnada de muerte. Sus globos oculares estaban secos, no había allí ni una sola de todas esas lágrimas que había imaginado que caerían por sus mejillas. Me asaltó un fuerte escalofrío. No era Marta, digo, no era la persona que yo bien conocía de toda la vida. Esa mujer tenía el aspecto de una gárgola desalmada.

Continuaba clavándome su mirada perdida y vacía y lo hacía desde un semblante tan sombrío que por momentos llegué también a sentir miedo.

–Marta... –dije, necesitaba hacerla reaccionar, que hiciese algo, que moviese la expresión de su rostro- Marta... -insistí.

–El olor es muy fuerte, Salvador –dijo y abrió un poco más los ojos. También podría jurar que las comisuras de sus labios se arqueaban ahora ligeramente hacia arriba, y aún sin ser decididamente una sonrisa se le parecía bastante.

–¿El olor a qué?

–El olor a podredumbre, Salvador. Es esta maldita humedad.

Marta regresó al comedor y volvió a sentarse junto a la mesa. Se dispuso a observar nuevamente hacia afuera a través del ventanal. Volvía a rascarse el dorso de la mano con frenesí.

–A mi hijo le gustaba tanto ver las campanas blancas de la enredadera –dijo.

Marta se refería a nuestro hijo diciendo “mi hijo”, nunca entendí por qué lo hacía. Supongo que le aliviaba castigarme.

–Hubiese querido tener al menos un nieto...

–Marta...

–Estoy bien. Solo digo que ya nadie pregunta por nosotros.

–Nos tenemos a nosotros.

–No tenemos nada.

La piel se me erizó y se me hizo un nudo en la garganta. La voz de Marta se había vuelto grave, áspera. Sentí ganas de llorar, se me inundaron los ojos. Yo también podía caer rápidamente en la desesperanza.

–Marta –dije con voz tímida y quebradiza- es uno de esos días... no te pongas mal. Intentemos sobrellevarlo, es este invierno, este invierno de mierda que se nos hizo muy largo, y además estamos viejos. Eso es todo, tranquila.

–¿No sentís el olor a podrido?

Inhalé profundo. Marta insistía con el asunto del olor y en todo caso era preferible que se distrajese con eso.

–Puede ser, Marta –respondí- olor a humedad.

–Está todo húmedo, tengo las manos frías y húmedas todo el tiempo, los calefactores no dan abasto, me duelen los talones y las rodillas, y como si fuera poco estas manchas...

Y por primera vez vi las manchas de las que me hablaba. Era verdad, tenía las manos manchadas, sobre todo la mano derecha. Agucé la vista y descubrí también que tenía una mancha en su cuello, desde la oreja hacia el hombro. Imaginé que sería enorme. Porque, aunque el borde de la frazada que llevaba puesta no me permitió ver más, era evidente que no terminaba justo allí.

Y entonces sentí también el olor.

–Mierda, ¿y ese olor?

Marta me clavó la mirada.

–Está por toda la casa, Salvador. Te lo estoy diciendo, y es esta maldita humedad –exclamó.

–Uf, sí, qué olor fuerte –volví a inhalar profundo mientras mi entrecejo se contraía y mi mirada se agravaba.

–Tenemos que llevarle flores.

Giré para verla, no podía destrabar la contracción de mis cejas y mi mirada continuaba alarmada.

–Sí, si querés vamos. Nos ponemos un abrigo y vamos –dije inmediatamente, algo confundido.

El olor era fuertísimo. Una pestilencia semejante a viejos bancos de bacterias, a carne podrida y a hongos de humedad me estaba perforando la nariz.

–Quiero llevarle unas flores –balbuceó Marta con la mirada perdida en algún punto del paisaje exterior, el que ya casi no era más que una blanca nube de humedad y frío.

–Bueno, Marta, vamos a ir hoy, sí, vamos a ir hoy –nos tocaba ir al día siguiente al cementerio, pero no habría sido bueno traerlo a la conversación- me voy a dar un baño caliente y nos vamos. Podrías prepararte un té mientras tanto, hace mucho frío.

“*Se me cayó un anillo cri cri cri, dentro del agua, cri cri cri cri, dentro del agua lairó lairó lairó lairó lairó*”, comenzó a cantar Marta con susurros afónicos. Y mientras me iba noté que ya no se rascaba la mano y había comenzado a frotarse la mancha del cuello.

Esperaba que no se lastimase.

A medida que avancé por el pasillo, en dirección al baño, el olor se hacía más y más fuerte. Supuse que se habría tapado la cámara séptica o algo por el estilo. Claro, debía ser eso, un problema de cloacas, mezclado a su vez con la insoportable humedad de las últimas semanas. En aquel pasillo había dos puertas más, una daba a nuestro dormitorio y la otra al que había sido de nuestro hijo. De este no habíamos tocado absolutamente nada. Marta lo había ordenado la misma noche en la que volvimos del funeral y, a partir de ese día, apenas si entraba una o dos veces al mes para quitar el polvo con un plumero. Yo nunca me había atrevido a volver a entrar; no era tan fuerte como ella. Pensaba que entrar allí sería solo para dejarme morir, decididamente. Sentía que, llegado el momento, no podría salir nunca más de aquella habitación; dejaría que el recuerdo de mi hijo me tragase y me vomitase luego adonde estuviese él, esperándonos. O no.

Observé la puerta de la habitación de Gustavo durante unos se-

gundos, tal vez ya había comenzado a desear traspasarla.

Entré finalmente al baño. El olor putrefacto me había hecho fruncir la cara completa. Miré hacia el suelo y vi que el gato había cagado por todos lados. Pero ¿cuánto hacía que no levantábamos la mierda del gato? Supuse que toda la casa estaría llena de pequeños montículos repugnantes. Me dije que al volver del cementerio limpiaría un poco la casa. Marta se desgastaba mucho en esas visitas y por lo general dormía profundamente ni bien volvíamos. Pensé que no valdría la pena decirle nada acerca de la mugre del felino. Me haría cargo yo. En definitiva, siempre lo hacía ella. Yo estaba en deuda con ese compromiso abnegado que había sostenido durante años por mantener la casa limpia y ordenada. Probablemente más que solo la casa: la familia, nuestras vidas.

Abrí el grifo del agua caliente y la dejé correr unos minutos. Me desvestí lentamente. Estaba viejo y cansado, así que no podría haberlo hecho más rápido ni aun habiéndolo querido. Me dolía el cuerpo, me sentía abarrotado, endurecido, entumecido. Y frío, tenía mucho frío. A mi vez estaba húmedo en las axilas, en el cuello, en los genitales, en los antebrazos, las piernas, las palmas de las manos. Era una incomodidad pegajosa que ya se tornaba insoportable. ¿Cuándo saldría nuevamente el sol? Un poco de viento al menos, la quietud de las últimas semanas no había ayudado a disminuir la humedad del ambiente.

Un vapor caliente rápidamente llenó el baño y ya no pude verme al espejo, estaba completamente empañado. Me pasé la mano húmeda por la barbilla aún más húmeda y noté la aspereza del crecimiento de la barba. No parecía alarmante, pero aun así no me gustaba ir con ese aspecto al cementerio. Pensé en cerrar nuevamente el grifo, abrir la puerta para que se disipase el vapor, secar el vidrio empañado y afeitarme. Pero estaba realmente cansado y me preocupaba mucho más el estado de ánimo de Marta que mi barba. Mejor sería no demorar más el asunto.

Me paré bajo el agua caliente y suspiré aliviado. Tenía el cuerpo helado. Maldita humedad que nos bajaba tanto la temperatura. Sumamente peligroso para dos viejos como nosotros. El agua caliente era



una sensación emocionante. En verdad la podía disfrutar. Pensé que Marta debía hacer lo mismo, antes o después de la visita al cementerio. Una ducha la relajaría bastante.

Tomé el jabón, lo llevé contra mi cuerpo y un pedazo de carne se desprendió de mi pecho.

De pronto ya casi no podía contener las arcadas, las náuseas eran muy insistentes e intensas, estaba aterrado. Miré hacia el piso de la bañera y vi cómo mi tetilla izquierda flotaba y era arrastrada lentamente hacia el desagüe. Me salí de debajo del chorro de agua y observé con detenimiento mi cuerpo. Con profundo espanto noté que estaba lleno de manchas, todas similares a las que había en la mano y en el cuello de Marta. Pero mis manchas eran peores aún, pedazos de piel fofa, carne muerta y podrida que se desgarraba y desprendía ni bien se la frotaba o presionaba.

Mi estómago se contrajo espasmódicamente dos o tres veces, con fuerza, en un empeño involuntario por vomitar, pero de mi boca no salió más que unos pocos escupitajos espumosos acompañados por los ruidos roncós típicos de la maniobra gástrica. Las lágrimas caían una tras otra desde mis ojos. Sentí que ya no podría deshacerme del gesto de asco y angustia que se había montado en mi cara.

Tomé una toalla, estaba húmeda y fría, como no podía ser de otro modo. Con frenesí froté el espejo del botiquín, necesitaba de pronto observar mi rostro, mi cuerpo, mi cuello. Pero no lograba ver absolutamente nada, el vapor era tan denso que no había manera de alcanzar con la vista ni siquiera el espejo. El agua de la ducha ya no corría, pero el vapor persistía y extrañamente crecía.

Me sentí mareado, aturdido. A tientas atrapé con mi mano el pica-orte y rápidamente logré salir del baño. Estaba desnudo y aterrado, por supuesto que no había pensado en vestirme. Ya estando fuera, en el pasillo, perdí ligeramente la orientación y confundí la puerta de mi habitación con la que había sido de mi hijo.

Y entré.

La tráquea se me retorció. No podía respirar. Ahí estaba todo, sí, estaba todo tal como lo recordaba. Ordenado del mismo modo en que

mi hijo solía hacerlo, tal como lo había dejado. Sus colores, sus cosas. Y entonces lo sentí cerca, más cerca que nunca, sentí realmente que estábamos codo con codo, pero que no podíamos vernos, tocarnos, escucharnos. ¡Ah, cuánta impotencia! Él estaba ahí, en algún lado, junto a mí, lo podía sentir con tanta fuerza. Estábamos buscándonos las manos, desesperadamente.

Pero entonces vi su cama, y un calor repentino llenó mi cuerpo.

Mis lágrimas se extinguieron. Mis manos abandonaron los temblores del miedo, mis hombros cayeron hasta volver a su posición natural y mi boca practicó una sólida sonrisa.

Volví al pasillo y me sumergí en la niebla que asfixiaba la casa.

–Marta –grité– ¿dónde estás?

–¡Salvador, no vengas! –la oí decir.

La casa había sido invadida por la niebla blancuzca del exterior y la visibilidad era escasa. Se había filtrado por las rendijas de las puertas, de las ventanas, del techo.

–¡No vengas! –repetió. Y por el sonido de su voz supe que estábamos cerca uno del otro.

–Marta, tranquila. Estoy yendo a vos.

–¡No me mires, por favor! ¡Estoy desnuda y muy mal, realmente mal!

–Marta, estoy acá, entre la niebla, estirá tu mano para que pueda tomarla.

–No, Salvador, no estoy bien. Estoy podrida. Es ese olor... sale de mi cuerpo.

Entonces toqué su espalda.

Marta se asustó y dio un grito.

–¡No, no me mires! Estoy muy mal.

Me puse frente a ella. Estaba desnuda, parada frente al ventanal, llorando desconsoladamente. Con cierta dificultad, a causa de la espesa niebla, pude ver que su cuerpo se había vuelto de un color verdoso en algunos lugares, morado en otros y también negro. Sus piernas parecían gangrenadas, estaban pútridas.

–¡No me toques! –me rogó casi sin aliento. Estaba aterrada y a la

vez exhausta– estoy húmeda y fría, no puedo dejar de estarlo. Y ahora me llené de bacterias y de gusanos. Salvador, me están comiendo viva.

–Marta, no hables más.

Marta estaba muy cansada. Me permitió acercarme más sin ofrecer resistencia. La abracé lentamente. Juntamos nuestros cuerpos desnudos, húmedos y fríos, nuestras carnes pútridas y malolientes. La sujeté con fuerza hasta que sentí que recuperaba el ritmo normal de su respiración.

Minutos después la tomé de la mano y la conduje por la casa. Ella me seguía como si ya no tuviese voluntad propia. La niebla era muy densa y tuvimos que movernos muy lentamente. Avanzar por el pasillo se volvía una empresa casi eterna; la casa es más grande cuando se la recorre a ciegas.

Finalmente llegamos a la última puerta del pasillo, la de la habitación que había pertenecido a nuestro hijo. Ella me apretó fuerte la mano.

Giré el picaporte y muy lentamente entramos.

Marta permaneció inmóvil, y su piel fría comenzó a entibiarse.

–Marta, ¿lo ves? hace meses que estamos ahí –susurré con dulzura cerca de su oído– ¿lo ves? –señalé hacia la cama- somos esos dos cuerpos viejos y deshechos que yacen acostados y abrazados sobre la cama de nuestro hijo, sobre la cama de nuestro amado Gustavo. Nosotros... Marta, nosotros somos esas dos sobras. Eso que ves ahí es lo que queda de nosotros. –La miré a los ojos, su rostro estaba llenándose de luz– Marta, sé que él está esperándonos, puedo sentirlo. Vamos, dale, cerremos los ojos que por fin va a salir el sol.